

ESPÍRITU CRISTIANO EN LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA.

Pianum gratiae et veritatis.
Lleno de gracia y de verdad.
(JOANN. I, 14.)

Costumbre es en ciertos dias exponer algunos puntos de la enseñanza, y revelar ante un auditorio siempre benévolo, que principios presiden á la formacion de las almas jóvenes que nos están confiadas. Otros más autorizados y más competentes que yo, os habrán explicado cuales sean las verdades religiosas y divinas de que debe nutrirse el corazon y el espíritu de los niños. Deciros que la palabra de Dios se les ha de dispensar con abundancia y suavidad, ya como la lactancia y las caricias de una madre, ya como el pan corroborante y los consejos de un padre, y rara vez como las austeras amonestaciones y las correcciones de un maestro; deciros que la verdad divina es para su jóven espíritu esa alba blanca y humedecida con el rocío que se extiende por los valles ántes de la completa elevacion del sol; que es un sentimiento de ternura piadosa que predispone su jóven corazon á todas las comunicaciones del mundo sobrenatural, seria repetiros lo que ya sabeis.

La parte que me toca es más humilde; mi oficio más modesto y más proporcionado á mis fuerzas. Debo exponeros cuál es el principio que vivifica entre nosotros la enseñanza literaria. Para toda enseñanza, es necesario el orden: sin armonía en los diversos elementos que la constituyen, falta la unidad de mira y de esfuerzos, y se hacen imposibles los adelantos. La enseñanza forma pues para nosotros, una síntesis de todas las verdades, cuyo fin es Dios: esta síntesis se descompone segun los diversos ramos de enseñanza, y se aplica segun la fuerza y necesidad de los genios. El árbol majestuoso plantado á orillas de las aguas, forma una admirable síntesis de gracia y de fecundidad, dividido por el movimiento de la savia que le alimenta en ramas y hojas, en flores y frutos. El rio que atraviesa los montes y lleva sus corrientes hácia el mar, nos ofrece en el caudal de sus

aguas contenidas dentro de su cauce un sistema completo; pero este sistema se descompone por la accion del sol, y se eleva en vapores, vuelve á caer en lluvias y en rocíos, y se comunica en fecunda savia por los mil canales de sus riberas. Así es la enseñanza para nosotros: está enteramente vivificada por un principio, que, á la manera de una savia pura y generosa, penetra hasta los ramajes más delicados.

Así pues, señores, demostrándoos que el espíritu cristiano vivifica la enseñanza de la literatura, no haré más que presentaros un lado de ese vasto sistema de educacion que el niño abraza por entero, y que, por decirlo así, oculta toda su alma. Con todo, me guardaré bien de desenvolver en detalle todos los puntos del asunto que nos ocupa; sé demasiado cuánto debo á vuestra benevolencia para molestarla. No tocaré pues más que dos ó tres ideas principales, contentándome con exponeros como el espíritu del Cristianismo, que es el rayo de la luz sobrenatural y el soplo de la más pura inspiracion, revela su importancia y su dignidad á la enseñanza literaria, le muestra el supremo fin de todos sus esfuerzos, y abre á la imaginacion los horizontes más vastos y más despejados. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. La palabra resume todos los dones de Dios para el hombre. Pensamiento vivo y articulado, es el eco del pensamiento divino, es el sonido prolongado del Verbo eterno. Dormita en lo profundo de nuestra alma rodeada de tinieblas, como nuestro jóven cuerpo yace envuelto entre pañales cuando la palabra de nuestra madre lo despierta dulcemente á la luz intelectual. Sin duda habreis visto alguna madre que teniendo su hijo en sus rodillas, le enseña á tartamudear sus primeras ideas con sus primeras palabras: estoy seguro que este recuerdo delicioso hace latir aquí más de un corazon. ¡Cuán tierna veneracion conservais hácia esta primera iniciacion de la vida, y con qué inefable emocion escuchais el zumbido de esta primera palabra! Pues bien, vuestra madre era para vosotros el ministro, el ángel de Dios enviado para abriros los labios á la palabra, y vuestra inteligencia al pensamiento; y mediante á qué Dios se ha servido de un ministro tan dulce y tan venerado para enseñaros la palabra, pensad cuán respetable debe ser esta palabra, salida de las profundidades de la sabiduría divina, pasando por el corazon de vuestra madre, y cayendo de sus lábios á los vuestros aún tan tiernos, con la leche de su cariño y los besos de su amor.

La literatura es la palabra humana bruñida y regularizada, ador-

nada de gracias, ó armada de rayos, para herir mejor las almas, é insinuarse más dulcemente en los entendimientos. Desde luego debeis comprender que lo que constituye la dignidad de la palabra constituye tambien la dignidad de la literatura, y que los principios que sirven á ésta de regla, deben necesariamente regir en aquélla; pero nosotros hablamos de reglas y de leyes: ¿y debe aceptar entrambas y reconocer límites la inteligencia y el pensamiento del hombre? ¡Ay, señores! no nos dejemos degradar por una insolente filosofía. El hombre es demasiado grande para no tener leyes, su palabra es demasiado poderosa para no obedecer á la sabiduría infinita. Segun el juicio admirable de un grande doctor, Dios propuso leyes al hombre para justificar su respeto: en efecto, considera su obediencia como un homenaje mil veces más precioso que el cántico de los cielos y la armonía de los serafines. Luego, pues, si el pensamiento debe tener sus leyes y contenerse dentro de la órbita de la luz y de la verdad, tambien la palabra debe tener las suyas, reconocer una autoridad y someterse á una enseñanza.

Aquí tratamos, señores, de la primera aplicacion del entendimiento cristiano á la enseñanza literaria. El entendimiento cristiano, que es un espíritu de orden y de sumision, dice á la palabra literaria, cualesquiera que sean sus prerogativas: tú no irás más allá de lo que prescribe la divina ley, y respetarás la majestad inviolable del dogma como la honestidad del alma cristiana. ¿Quién de vosotros, señores, no se acuerda de haber oido, como nosotros, á una literatura descarada, destrozando la ley é insultando el pudor, proclamar la independencia del génio y la loca libertad de la palabra? Tambien hemos oido á uno de esos poetas reformadores, tal vez sin embargo el ménos audaz, poner por epígrafe á su poema, justamente olvidado á pesar de sus hermosos versos: *La lira puede cantar todo cuanto piensa el alma*. Nó, poeta: la lira no puede cantar todo cuanto el alma piensa. Existen sublimes y piadosos misterios que debe respetar en el santuario de Dios, en el santuario de la familia y en el santuario del corazón humano. Nó: el campo de la imaginacion no es libre, ni tampoco el del pensamiento. Dios les ha puesto término y límites, así como lo ha hecho con las olas del mar y las ondas del rio. Y ved, señores, de qué modo esas leyes morales sirven tambien de preservativo. El desprecio de las leyes divinas y sagradas trae consigo el de las reglas tradicionales del buen sentido y del buen gusto, que son las que enseñan al talento y refrenan el génio. Una vez introducida en el dominio literario la palabra libre, todo es presa de los espíritus novadores, y están de más las leyes, las reglas, las

tradiciones y la enseñanza. La literatura está hoy tan despreciada, y tan desacreditada la poesía, que pocos son los hombres de buen sentido que se ejerciten en ellas, ni que sientan su pérdida. ¿Quién es pues, el que desea alimentar su imaginacion con el hálito armonioso de la poesía? Fuera de algunos hombres de gabinete, más raros á medida que la continua ocupacion de los negocios y el amor de sus comodidades constituyen su pasion ordinaria; fuera de algunos jóvenes sustraídos á los estudios clásicos que divierten los restos de su ingenuidad poética con las estrofas de algunos poetas, no siempre los más puros: fuera de estas raras excepciones, el culto de la literatura se ha perdido entre nosotros: nuestras actuales preocupaciones y nuestras inteligencias estragadas con las obras del espíritu, no dejan ya lugar ni complacencia para esas producciones del buen sentido y del buen gusto, que eran otras veces el encanto de los entendimientos agudos y el estudio de las letras. ¿Por qué es esto, señores? ¿De dónde procede esa depreciacion continua de nuestra literatura, y esa indiferencia con que miramos aún sus más sanas producciones? Todo viene del menosprecio de las leyes divinas. El menosprecio de las leyes divinas ha atraído el de las leyes literarias, y éste ha producido el desprecio y el hastio de la literatura. Tal es el hombre: incapaz de sostenerse por sí mismo, falto de fuerza y de consistencia, si se rompen los lazos que le unen á Dios, y que ligan su alma con la luz eterna y su corazón con el amor infinito, muy pronto se precipita sobre sí mismo rodando de caida en caida hasta lo más profundo del abismo, incurso en la degradacion moral, literaria y artística. Así nos lo enseña el espíritu cristiano en orden á la literatura: nos dice que la libertad del pensamiento engendra la libertad de la palabra, y ésta la de la libre literatura, que es la literatura exenta de todo freno y despojada de todo género de pudor, porque el libertinaje del espíritu, del corazón y de los sentidos se adhiere y se encadena como los rigurosos efectos de una misma causa: nos hace entender que el espíritu humano debe soportar noblemente el yugo de Dios, el yugo luminoso de su fe, el yugo suave de su amor; y nos manifiesta que la palabra humana debe salir de los labios siempre circunspecta y pudorosa, pues que solo á este precio podrá crear el génio obras útiles y bellas, inmortales y dignas de ser admiradas por la posteridad.

Nos anticipamos, señores: segun que ya os lo he dicho, apenas podremos indicar superficialmente la cuestion tocando de paso algunas de las más graves consideraciones. Os hemos indicado cual sea el segundo efecto de la influencia del espíritu cristiano. La escuela

libre de la imaginación y de la fantasía califica de buena y perfecta cualquiera obra del arte ó producto del entendimiento, cuando no se aparta de las leyes metafísicas útiles ni de las reglas tradicionales del gusto. Que encierre ó no moralidad; que instruya ó desvarie; que dogmatice ó que divague, con tal que viva de una existencia propia, que cante y que vuele con sus propias alas, es escuchada, admirada y aplaudida. En siglos más pacíficos y mejor organizados que el nuestro, hubo toda una escuela de literatos ligeros y brillantes, que se divertían con los ejercicios del espíritu y de la imaginación. En ciertos establecimientos en que la excelencia del espíritu tenía su asiento, la sociedad elegante y civilizada consideraba el arte literario como un pasatiempo de caballero ocioso, ó como un oficio de apologistas asalariados que prometían en verso ó en prosa la inmortalidad á sus Mecenas. Mientras que los genios sublimes de ese siglo creaban obras inmortales, á pesar de la envoltura pagana que con frecuencia entorpecía su vuelo y disminuía sus inspiraciones; y mientras asociaban á sus concepciones el triple resplandor de la verdad, de lo útil y de lo hermoso que debe ser el sello de toda obra destinada á la posteridad, habia también espíritus ligeros que se divertían con las cruzadas rimas de un soneto, é imaginaciones curiosas y sutiles, sin elevación y sin génio, aunque no sin gusto ni delicadeza, que se regocijaban con las rimas y los hemistiquios, así como sus padres lo hacían con las aventuras y la espada.

Pero esto no constituye la esencia de la grave literatura: «no es ella ni una ramilleteira ni una torneadora de periodos»; Dios no ha formado para tan poca cosa el entendimiento del hombre, capaz de perfección y de gusto, sensible á las bellezas del lenguaje y á la armonía de los períodos y de las palabras, música misteriosa del pensamiento. No convendría sin duda condenar con demasiado rigor estos pasatiempos literarios y estas licencias de espíritu embriagadas con sus ruidos armoniosos y sus sonoras rimas. Cuando en el siglo xvi, la sociedad regularizada con firmeza parecia estar sentada sobre bases inalterables, se podían perdonar estas locas prodigalidades del sentido y del bello lenguaje; mas hoy día en que la sociedad necesita todas sus fuerzas; en este momento en que la lucha entre el espíritu y el paganismo se agita por do quiera, semejantes recreaciones literarias serían infames; y nos pareceríamos á los griegos del Bajo-imperio, que se ocupaban en discutir sobre la naturaleza de la luz del Tabor, interin que el ariete musulman derruía los muros de Constantinopla.

El espíritu humano tiene que dar cuenta á Dios y á la sociedad del

empleo de todas sus fuerzas y de todas sus producciones, y no debe extenderse ni extrañarse á obras fútiles é inmorales, ni á discusiones ociosas sobre el número de los períodos ó la cadencia de un hemistiquio. No debe ni aún siquiera ocuparse con demasiada complacencia de la forma, ni ser excesivamente prolijo en la palidez de las palabras y de las frases. Con esta coquetería del entendimiento, que aunque ménos peligrosa, no es ménos vana que la otra, el espíritu se contrae, pierde su vigor y su arrojo hácia los grandes pensamientos: vuela pecho á tierra, y rueda sin cesar en un círculo estéril de palabras y de frases, de gramática y de prosodia, de donde ningun soplo generoso sale á inflamar sus alas, ni á elevar su vuelo hasta las regiones etéreas.

No cabe duda, señores, que es indispensable respetar la gramática y la prosodia. El espíritu cristiano, que es esencialmente un espíritu de tradición y de autoridad, no podrá nunca menospreciar ciertamente las leyes que la experiencia y el buen sentido de nuestros mayores han impuesto á las evoluciones del entendimiento. ¿Qué sería de nosotros si fuese menester cada siglo y á cada generación empezar nuestro idioma y nuestra educación literaria, inventar tipos, formular leyes, trazar reglas y crear obras maestras que sirviesen de inspiración y de ejemplo? El espíritu humano no puede reproducirse sin cesar: conservando las tradiciones que hacen á un tiempo su gloria y su patrimonio, sigue y continúa; pero, aunque debemos guardar con respeto y seguir con perseverancia las reglas que no despreciaremos mientras no nos falten fuerzas para practicarlas, es necesario advertir que no son más que un medio y no el fin, que su oficio es el de dirigir la impetuosidad del espíritu, y no el de encadenarlos con trabas técnicas y frias conclusiones. El músico no desechará ni la caja sonora que contiene las concordancias de su instrumento, ni las llaves ingeniosas que sirven para la entonación de los puntos; y sin embargo, le consta que su simétrica disposición no llena el objeto de su arte, y que al soplo que él le comunique deberá la producción de suaves melodías y de armonías deliciosas.

Entre nosotros hay no pocos que no ven en el buen lenguaje más que una música de palabras que encanta los oídos, espirando con el sonido que la produjo. Le consideran un parto del entendimiento, tal como cualquiera obra del arte y de la imaginación; estudian sus curiosidades, detallan los más delicados rasgos de su cincel; admiran sus bellezas; saben lo que conviene á cada frase para que quede perfecta, y el caso á que debe aplicarse cada palabra; disputarán hasta el último trance sobre la propiedad de un término; se extasiarán de

gozo á la vista de una metáfora, y saltarán entusiasmados al sonido de una onomatopeya. Esta grave ocupacion es risible en sumo grado; mas ved aquí lo que hay de más sério. Entre estos literatos se encuentran muchos que no atendiendo más que á las formas, ni admirando otra cosa que la hermosura del lenguaje, dejan pasar desapercibidas las ideas más falsas y las imágenes más perniciosas, y bajo la consideracion de estar bien dicho, que son versos fluidos y armoniosos, que el turno de frases es original, y que su vuelo de espíritu contiene un sabor ático, no encuentran sinó indulgencia para la inmoralidad y la paradoja. ¿Qué digo? La paradoja presentada así, y así formulado el sofisma, tienen un gusto picante que realza su sabor ordinario para aquellos espíritus á quienes la verdad les fastidia; y las pasiones cómodas, revestidas de una gasa transparente y adornadas de primorosos encajes, tienen un encanto mayor para los sentidos quebrantados y los corazones corrompidos. El veneno no es ménos mortífero porque se administre en una copa de oro cincelada; al contrario, la brillantez del metal y la delicadeza de sus molduras divierten la vista y aproximan los lábios.

Si, señores: nuestra literatura posee muchos hombres de gusto, de talento y aún de génio, que pervirtiendo las luces del entendimiento con los sentimientos del corazón, han insultado á la verdad y á la virtud en buen lenguaje, con talento, con entusiasmo, con malicia, con iniquidad, y á veces hasta con una elocuencia apasionada y un entusiasmo satánico. Esos hombres conservan un lugar distinguido en nuestra admiracion y en nuestros estudios: algunos se reputan como modelos del gusto literario y como las delicias del espíritu humano. ¡Ah, señores! si nuestra literatura hubiera abundado más y con más pureza del espíritu cristiano, se habrían despreciado esos hombres grandes aunque funestos, en vez de honrarlos; y en lugar de citarlos como ejemplos y de presentarlos como modelos á la admiracion sencilla de los escolares, se les habria afrentado cuales emponzoñadores públicos de nuestra literatura, y como los corruptores del buen lenguaje y de la virtud; en lugar, por último, de llevarlos en triunfo al panteon de la historia, se les habria arrojado al inmundado sumidero del oprobio público.

Pero nosotros hablamos de grandes hombres y de génios entre aquellos que han abusado de todos los poderes del pensamiento y de toda la finura de la palabra: deberíamos ser más reservados en prodigar esos soberanos títulos, y economizar los grandes honores literarios para no coronar con ellos otras que las nobles frentes. En efecto, cualesquiera que sean la extension del entendimiento y la fecun-

dad de la imaginacion, ningun autor se elevará jamás más arriba de una cierta region media, ni nunca alcanzará á las altas cumbres del pensamiento donde el génio religioso y solitario contempla la inalterable majestad de Dios, si su inspiracion no se remonta en alas de la luz y de la verdad.

No son los picos más elevados de las altas montañas aquellos cuya cabeza está coronada de nubes y la frente surcada por las corrientes eléctricas: lo son los que se levantan por encima de la region de las tempestades, y cuya cima majestuosa se cierne en medio de una luz resplandeciente y serena. En este sentido no hay más génio completo que el del Cristianismo. Es necesario pues alentar los nobles esfuerzos del ánimo que trabaja por la completa perfeccion, de la que la perfeccion literaria no es más que una parte. Para nosotros, el entendimiento humano forma una síntesis indisoluble, de que cada porcion, ó mejor dicho, cada faz, reflecta un rayo del mismo sol, rayo que, aunque colorado sin duda de distinta manera, desciende sin embargo del propio foco de luz y de fecundidad: es una armonía que, aunque formada de diferentes voces, se hallan acordes entre sí, y entonan el mismo cántico de adoracion y de amor. Puesto que con efecto el hombre está destinado á ver la verdad en todo su esplendor, es indispensable que á medida que su espíritu se pone en comunicacion con las sublimes regiones donde habita la luz inaccesible, participe de su resplandor y de su gloria, y que como Moisés cuando bajó del monte Sinai, nos aparezca coronado de un reflejo de la divinidad.

Así es, señores, que aún en la perfeccion literaria no concedemos nuestra entera admiracion, sinó relativamente á aquello en que la estimamos. Es necesario ante todo proceder con una reserva delicada y una prudencia esclarecida en la enseñanza de las letras, y no presentar sinó puros modelos de virtud haciendo admirar las obras maestras del génio. Tal vez creereis que exagero, y que es posible sin peligro prestar homenaje á las obras del talento sin aplaudir el vicio ni aprobar el error. Estadme atentos: siempre que se trata de instruir jóvenes inteligencias y de abrir su imaginacion á las bellezas literarias, importa principalmente no ofrecer cosa que ofenda su vista ni contristé su modestia. Las almas jóvenes, dotadas de mayor sensibilidad que las otras, son más inocentes y candorosas, y gozan de más luz y de más gusto: además, cuando se recuerdan los terribles anatemas que lanzaba el benignísimo Salvador contra aquellos que escandalizan á esos niños, en quienes los ángeles miran el rostro del Eterno Padre que está en los cielos, entónces se pone una aten-